

Ariel Lemarroy

ESQUIZOFRENIA

Y OTROS CUENTOS
PARANORMALES
PARA GENTE NORMAL

CULTURA

SECRETARÍA DE CULTURA



TABASCO

ESQUIZOFRENIA



COLECCIÓN LITERATURA
Serie Cuento • Bruno Estañol

Ariel Lemarroy

ESQUIZOFRENIA

Y OTROS CUENTOS PARANORMALES PARA GENTE NORMAL

CULTURA

SECRETARÍA DE CULTURA



Edición realizada con el apoyo de la Secretaría de Cultura a través del Apoyo a Instituciones Estatales de Cultura (AIEC) 2020

Primera edición: 2020

© 2020, Ariel Lemarroy

D. R. © 2020, Secretaría de Cultura

Calle Andrés Sánchez Magallanes # 1124
Fraccionamiento Portal del Agua
Colonia Centro, Villahermosa
C. P. 86000
Tabasco, México

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, sea cual fuere el medio, sin el consentimiento por escrito del titular de los derechos correspondientes

ISBN: 978-607-8735-24-2

Impreso en México - *Printed in Mexico*

No estará, sin duda, de más observar con ese motivo que hay personas que creen en la posibilidad de que el psicoanalista se deje engañar por las mentiras de sus enfermos. Esto es completamente imposible: toda mentira es fantasía. Y nosotros tratamos precisamente las fantasías
C. G. Jung,
Teoría del psicoanálisis

Resulta así que la verdadera locura, no es nunca debida a los azares o a los desastres del cerebro, sino a la concepción falsa del espacio que se forja el corazón...
E. M. Cioran,
Breviario de podredumbre

Nadie sabía por qué le comenzaron a lanzar los gritos de «ladrón».

Si acaso él mismo.

Y el franelero que lo observó en el estacionamiento mientras se colocaba el gorro de Santaclós, y se cubría la cara con la barba y los lentes.

Fuera de ellos dos, no lo sabía ni su propia familia, sin contar al psiquiatra que le sugirió la idea de aparecerse en una plaza comercial bajo el disfraz de «Santa» para llevar regalos a los niños y calmar su conciencia, lo que además representaba una manera de reaparecer en público sin exponerse al reclamo ni soportar las burlas de la gente.

Solo faltaban tres semanas para que concluyera el trienio y entregara la presidencia municipal al sucesor, pero llevaba cuatro meses de psicoterapia a causa del insomnio, que según el psiquiatra, «es un hecho normal cuando los gobernantes se aproximan a entregar el poder», que es el equivalente de bajar de la gloria para convertirse en un mortal común, sin camionetas blindadas ni guaruras.

Eso le dijo mientras le recetaba un antidepresivo al levantarse, y un ansiolítico para lograr el sueño por las noches.

No le había dicho al terapeuta que además del insomnio lo invadía la ansiedad y por las noches era presa del pánico.

Tampoco le contó sobre las pesadillas en las que se veía a sí mismo tras las rejas al descubrirse «inconsistencias en el proceso de licitación de la obra pública» del municipio que mal gobernó los últimos tres años.

Mucho menos, que a raíz de la crisis acudió a un sacerdote, y que después de confesar sus pecados se le ocurrió preguntar si era obligado el diezmo, a lo que el cura respondió con una interrogante que estalló como un petardo en su conciencia:

—¿Cuál?

Porque ni modo de aclararle que se refería «al diez por ciento de sus ingresos que uno entrega al Señor». Eso era obvio. Pero en el tono del confesor creyó escuchar la acusación sobre los cobros del «diezmo» a contratistas que él realizó durante su gobierno.

De eso no confesó ni media palabra, aunque le pareció encontrarse en una de sus pesadillas cuando el sacerdote pronunció la frase: «Dios lo sabe todo».

Porque en seguida se imaginó las portadas de los diarios circulando por toda la ciudad con su fotografía y los encabezados de «Saqueó la alcaldía».

No recuerda ni cuánto tiempo estuvo allí en la iglesia, arrodillado, aunque la frase del sacerdote lo regresó a la realidad cuando citó el versículo del libro de Santiago:

—La fe, si no tiene obras, es muerta en sí misma —dijo, sin saber que eso le provocaba el estallido de otra bomba en el cráneo, porque la sola mención de la palabra le recordó las obras inconclusas y realizadas con maquinaria y personal del propio ayuntamiento, a precios inflados.

Desde entonces, no come ni duerme. Ni responde llamadas telefónicas ni acude a sitios públicos.

—Puede ser la falta de distracción —le dice el psiquiatra para darle ánimos, pero él sabe que no. Y que las pesadillas donde su cuenta pública es sometida a votación y reprobada en el pleno del Congreso, no suceden a causa del estrés, ni del exceso de trabajo como suele explicarle el terapeuta sino al desvío de fondos y a los incumplimientos en los programas de obras.

Fue por esa razón que aceptó la sugerencia y aprovechó la época de Navidad para cumplir con el reto.

Nadie se hubiera imaginado que era él bajo el disfraz de Santaclós en medio de la plaza.

Nadie, con excepción del cuidador de carros que se acercó para gritarle «ratero».

En otras condiciones lo hubiese mandado a detener por mucho menos que eso. Pero ahora, le respondió con una risa estruendosa, característica del personaje navideño, que invitaba a los pequeños a tomarse la foto y a entregarle sus cartas, lo que aprovecha el franelero para entregarle un papel cargado de reclamos:

«En mi colonia nos prometiste componer el drenaje, construir una escuela y no has cumplido con nada. En la campaña me prometiste un trabajo, pero al llegar a la presidencia ni la puerta me abrieron...»

—Jo, jo, jo... —estalló la risa del Santaclós cuando leyó la carta que dobló en cuatro partes y guardó en una bolsa, mientras un padre de familia se acercaba con un pequeño en brazos para tomarse la foto.

—Pídele lo que quieras —dijo el hombre a su hijo, que no paraba de reclamarle al Santaclós y de escupirle la cara porque «el año pasado le pedí un juguete de control remoto y una bicicleta y me salió con una pinche pelota de diez pesos».

El Santaclós no tuvo tiempo de ofrecerle una excusa, porque en seguida apareció el funcionario de la oficina de Reglamentos.

—¿Tiene permiso para trabajar de Santaclós? —le preguntó con gesto de perdonavidas.

Estuvo a punto de responder «no sabes con quién estás hablando», pero no se trataba de descubrir su identidad y propiciar el escándalo. Y a lo mejor el reclamo de la gente.

—¿Tiene copia del recibo de pago al H. Ayuntamiento, y credencial vigente que lo acredite como miembro del Sindicato Único de Vendedores Ambulantes de la República Mexicana, Anexas y Conexas?

—¡Déjenlo trabajar, son unos rateros! —expresó una señora con un niño que esperaba su turno para tomarse la foto.

—Muéstreme sus papeles o tendré que llamar a la fuerza pública —insistió el funcionario de Reglamentos.

Hubo gritos, insultos, jalneos, hasta que el Santaclós optó por retirarse.

—No cabe duda de que en este gobierno son unos pinches rateros —alcanzó a decir cuando pasaba en medio de la gente.

Uno de los primeros síntomas de este trastorno mental es «Escuchar o ver cosas que no existen».

Eso lo consulté en la página virtual del *Medicine Plus* el martes por la noche, y desde entonces, no sé si el automóvil negro estacionado desde antier frente al departamento donde vivo, con el motor en marcha y vidrios entintados, es un «efecto» de mi imaginación, o si el tipo que está en el interior hablando por teléfono se encuentra allí para observar cada uno de mis movimientos, de manera que llevo un par de días sin salir de la casa, sin dormir y en ayunas, incapaz de concentrarme en la lectura de un libro, una revista, y mucho menos de salir a cumplir con mi trabajo de empacador voluntario en un supermercado, donde colaboro desde que me corrieron del periódico para el que trabajé durante veintitantos años sin pagarme un centavo de liquidación, pero esa es otra historia, como decía hace tiempo el comercial de una tarjeta bancaria.

Así es que permanezco anclado frente al televisor en donde no distingo si lo que observo es «real» o «imaginario».

Porque de pronto, como a las diez y media de la noche, aparece en la pantalla un tipo al que se le nota claramente el maquillaje en la cara, uniformado con un traje oscuro y de corbata roja, para decir, en tono de optimismo, que «el secretario de Seguridad Nacional anuncia que los índices de criminalidad del país han descendido alrededor del treinta y nueve por ciento en lo que va del año gracias a las acciones emprendidas por el señor presidente», quien aparece a cuadro en el siguiente bloque informativo para informar a la nación que «la economía se recupera favorablemente a pesar de la caída en los precios del petróleo y la fuga de capitales ante la falta de condiciones que existían».

Así dijo, «existían», en algunas regiones del territorio nacional, que –me imagino– excluyen a la entidad y al pueblo donde habito, porque sigo viviendo en la zozobra económica, y en cuanto a las declaraciones del señor secretario de Seguridad, me atrevo a asegurar que alguien –y no soy nadie para saber si es él o yo–, está observando «conductas que resultan anómalas para la comunidad» y «alteraciones en la percepción de la realidad», que de acuerdo a Wikipedia son propias del trastorno mental crónico llamado esquizofrenia, que etimológicamente proviene de las raíces griegas *skhizein*, que significa «dividir, escindir, hendir, romper», y *phren*, «entendimiento, razón» e incluye síntomas como «creencias falsas, (y) un pensamiento poco definido o confuso».

Digo esto último, porque a partir del lunes de la semana anterior, cuando venía de vuelta del trabajo, un par de tipos en motocicleta detuvieron la marcha y comenzaron a rodar a mi derecha durante media cuadra, que en realidad me pareció tan larga como media vida, el tiempo suficiente para ponerme en paz con Dios mientras la moto con los tipos de negro avanzaba, es un decir, a una velocidad que calculé en tres punto seis kilómetros por hora, y esto lo supe después, al recordar mis clases de Física de la preparatoria, porque la cuadra mide ciento veinte metros, y demoré un minuto en recorrer la mitad a la velocidad del miedo.

Durante todo ese tiempo repetí varias veces el Salmo veintitrés haciendo énfasis en donde dice «aunque ande en valle de sombra de muerte no temeré mal alguno porque tú estarás conmigo», y en el extremo de la desesperación, deseé que apareciera a media calle un carro de fuego, como ocurrió cuando el profeta Elías caminaba rumbo al Jordán con el profeta Eliseo: «Y aconteció que yendo ellos y hablando, he aquí un carro de fuego con caballos de fuego apartó a los dos; y Elías subió al cielo en un torbellino», según se lee textual en el capítulo dos del libro Segundo de los Reyes, en la versión mil novecientos sesenta de la Biblia, versión Reina Valera, aunque lo que ocurrió, en verdad, fue que de pronto apareció una luz a mis espaldas y enseguida el sonido ensordecedor de una patrulla con la sirena abierta de la que descendieron cuatro policías con unos rifles de asalto que se acercaron para pedirme una identificación e interrogarme con preguntas como por qué caminaba de manera sospechosa en esa calle oscura, y ni tiempo me dio para explicarles que me venían siguiendo un par de tipos en motocicleta, que a la hora del interrogatorio ya no estaban ahí, porque arrancaron a toda velocidad en cuanto percibieron el aullido de la sirena y las luces de la patrulla de policía en la que me subieron a punta de madrazos, mientras los oficiales me preguntaban quién es usted, a qué se dedica, de qué vive, y yo les contestaba una verdad que a ellos probablemente les parecía de novela, porque les respondí:

—Soy un cronista despedido que ahora trabaja como empacador en un supermercado.

Fue lo único que alcancé a decir, porque los policías hablaron entre ellos en clave, me esposaron y me aventaron a la batea de la camioneta en la que me llevaron a un lugar solitario, mientras yo pronunciaba tembloroso, ya ni recuerdo cuántas veces, el Salmo veintitrés y luego el cincuenta y uno, «Por tu amor, oh Dios, ten compasión de mí; por tu gran ternura, borra mis culpas... Reconozco que he sido rebelde; mi pecado no se borra de mi mente», y me decía a mí mismo en medio de los salmos: esto me pasa por criticar al partido en el poder, y recordé el enfrentamiento con un diputado local quien me mandó a decir que eso me costaría el trabajo en el periódico.

Porque me imaginé sacando la charola que me acreditaba como cronista de «un importante diario» del estado, ante los policías que por arte de magia dirían probablemente: usted disculpe, suba a la cabina de la camioneta, ¿gusta una taza de café?, ¿no le molesta el aire acondicionado?, no ande por estas calles peligrosas donde hay tanto maleante, nosotros con mucho gusto lo vamos a llevar a su casa, pero en vez de todo eso, se atacaban de risa cuando les enseñé mi credencial de empacador voluntario de una tienda y les explicaba que hasta hacía algunos meses escribía una columna en un periódico.

Uno de ellos, al que llamaban «comandante», dijo en tono muy serio que si el detenido, o sea, un servidor, fuera en verdad un columnista, entonces él era nada menos que Robocop, con lo que todos comenzaron a reír (yo me contuve las ganas para no provocarlos y porque a esas alturas me dolía la boca del estómago de tantos madrazos), porque lo cierto es que el citado comandante, es decir, Robocop, era realmente un tipo panzón, de piernas cortas y encorvadas, al que tenían que ayudar sus compañeros para subir a la patrulla, de tan gordo que estaba, pero lo peor llegó cuando me revisaron las bolsas del pantalón y no encontraron más que una hoja de papel con apuntes de lo que intenta ser una novela, y un montón de monedas: exactamente ochenta y cuatro pesos con cincuenta centavos, el producto de las propinas del día que no había sido muy bueno, porque en honor a la verdad hay jornadas de trabajo en las que recibo hasta trescientos cuarenta, descontando la cuota sindical de veinticinco

pesos diarios que nos cobra el dirigente de la Federación de Obreros y Trabajadores del Edén Tropical Anexas y Conexas.

La verdad es que no supe si Robocop se rio de las monedas o del papel en donde había anotado cosas como: «Ese día, al filo de las diez, comenzaría de nuevo a escuchar y ver cosas que no existen. En la pantalla del televisor, me parecía ver la imagen del señor presidente diciéndole al país que los ciudadanos teníamos un problema de percepción».

Ya no recuerdo bien si me soltaron hasta el día siguiente, o si todo esto que acabo de narrar no es más que muestra de «un lenguaje y pensamientos desorganizados, delirios, alucinaciones, trastornos afectivos y conducta inadecuada», que según la enciclopedia virtual ya mencionada caracterizan el trastorno al que me referí al principio de estas líneas. La palabra prohibida.

Tampoco estoy seguro de que si lo anterior es parte de mi «diario» o de un relato que comencé a escribir para participar en un certamen de cuento organizado por Industrias Olmeca, aunque la realidad, es que no fue ninguna clase de alucinaciones auditivas -como dice también la enciclopedia virtual que sufren los esquizofrénicos-, lo que me motivó a escribir para el concurso, sino el premio de veinticinco mil pesos para el primer lugar, con lo que pagaría una buena parte de mis deudas.

De lo que sí estoy cierto es que el automóvil negro sigue allí, frente al departamento donde habito completamente solo desde hace varios meses.

Esto último -lo de la soledad-, lo tengo muy presente porque tal como dijo no sé quién, «los males nunca vienen solos», y a las pocas semanas de perder el empleo me quedé sin mujer y se perdió mi perro.

A ella no la busqué por múltiples razones, entre las cuales, sobra decir que aunque la economía se recupera favorablemente, como asegura el jefe del Ejecutivo, mis ingresos tras la salida obligada del periódico se redujeron al mínimo.

En cuanto al perro, hice lo mismo que todo mundo en estos casos: pegué unas copias con su fotografía en los postes de alumbrado público y agregué un breve párrafo donde escribí su nombre, aunque a decir verdad, dije una gran mentira, porque allí donde dice «se perdió» la tarde del día tres de junio del año tal, debería haber escrito: «me abandonó por falta de comida», y me atrevo decir que hasta de afecto, pero tenía que cumplir con el ritual para cerrar el ciclo, para decirlo con una frase que leí al pasar frente a un consultorio de terapia Gestalt, en Villahermosa.

A veces, como le digo al doctor Blackamán, el psiquiatra que me atiende como derechohabiente del Seguro Popular, tengo la vaga impresión de que mi mujer nunca se fue, porque jamás ha existido. Se lo dije porque leí en la página virtual del *Medicine Plus* que los esquizofrénicos tienen dificultades para «establecer la diferencia entre lo que es real e irreal», y a estas alturas ya no distingo si la mujer a la que dije amar durante tantos años es solo un personaje de ficción, o si viví con ella hasta el cansancio y aun la sigo extrañando hasta el grado de escribir una novela de doscientas páginas en su memoria, pero regreso a la realidad en cuanto veo la cara del doctor como compadeciéndome, y mientras llena una receta con una máquina de escribir Olivetti Lettera 22, color azul, portátil, empiezo a recordar las clases de taquimecanografía en la escuela secundaria, y aquel primer amor platónico, imposible, porque lo más que me atreví a decirle a Circe -que así se llamaba una compañera gorda, hermosa, con una sonrisa interminable que no puedo ni quiero borrar de mi memoria- fue con mucho trabajo la palabra «muñeca», y hasta ahí recordé, porque el doctor me dijo en ese momento: «Eso es todo», y me dio unas instrucciones que no me interesó escuchar porque tampoco pensaba comprar las medicinas, solo quería saber dónde se encuentran los límites entre la realidad y la ficción, y cuáles son las características de personalidad de un personaje con problemas para distinguir las fronteras entre lo real y lo imaginario, todo esto con la idea de construir un personaje a modo para el cuento con el que pienso participar en el certamen literario organizado por las Industrias Olmeca, pero no resolví ninguna de mis dudas porque el doctor no me escuchó ni cinco minutos.

Cuando apenas llevaba como un minuto con cuarenta y cinco segundos de contarle mi caso, empezó a teclear en la Lettera 22, luego desenrolló la receta de la máquina y la firmó mientras me sugería que armara yo rompecabezas, que evitara el estrés, que no fumara ni bebiera, que por las noches antes de acostarme tomara dos pastillas de valeriana y repitiera en voz alta la letra de una canción de Agustín Lara que dice textual: «Abre los brazos, maravillosos, y entre sollozos bébete mi alma, que es para ti», y que viviera «tranquilo».

Y en eso estoy, armando este rompecabezas con tranquilidad y retomando la escritura del cuento aunque todavía no encuentro ni por dónde empezar, porque no sé ni a qué horas fue que se borraron los límites entre la realidad y la ficción y otras fronteras.

Por ejemplo, en los meses que llevo en el subempleo no he logrado saber si es real o imaginario el hecho de que para ser diputado local, según el artículo XV, Capítulo 2, Título Tercero de la Constitución Política del Estado Libre y Soberano de Tabasco, se requiere:

«I. Ser ciudadano mexicano, nativo de la entidad o con residencia efectiva en ella no menor de dos años.

II. Tener veintiún años cumplidos el día de la elección;

III. No estar en servicio activo en el Ejército ni tener mando de algún cuerpo policiaco en el distrito donde se haga la elección, cuando menos noventa días naturales antes de la misma;

IV. No ser Gobernador del Estado, ni Secretario de Ramo alguno de la Administración Pública, Procurador General de Justicia; Magistrado del Tribunal Superior de Justicia, del Tribunal de lo Contencioso Administrativo, del Tribunal de Conciliación y Arbitraje, o del Tribunal Electoral de Tabasco; Oficial Mayor o Titular de algunas de las Dependencias o Entidades de la Administración Pública Estatal; Presidente Municipal... etcétera, etcétera...»

No he logrado saber, ni he tenido tiempo de preguntárselo al doctor Blackamán, si es realidad o es producto de mi pensamiento anormal y alteración del funcionamiento social y laboral, el hecho de que el artículo anterior de la Constitución no exige en ninguna parte, como requisito, que el representante popular en la Honorable Cámara de diputados sepa aunque sea leer y escribir, mientras que en los anuncios clasificados del periódico aparecen ofertas de trabajo donde exigen «estudios mínimos de preparatoria, computación e inglés» para un trabajo de almacenista, ni en el caso anterior someten al candidato a una curul a un interrogatorio como el que experimenta un aspirante cualquiera a un puesto laboral de segunda:

—¿Padece usted alguna enfermedad incurable?

—¿Tiene hijos no deseados en alguna parte?

—¿Cuál es el logaritmo neperiano de cuatrocientos treinta y seis elevado a la segunda potencia?

—¿Cuántos artículos tiene la Constitución de Nigeria?

—¿Si un vehículo parte desde Villahermosa hasta la ranchería Hueso de Puerco segunda, a una velocidad de ochenta y dos kilómetros por hora, cuánto tarda en llegar a su destino, si cuando sale son las seis treinta y cinco de la tarde de un martes trece y el signo astral del conductor es Cáncer?

—¿Está dispuesto a viajar?

Si tiene suerte, al concluir la serie de entrevistas le dirán «no se moleste en hablar, nosotros le llamamos», como si se tratara de un puesto de embajador plenipotenciario en la Organización de las Naciones Unidas y no de una vacante como auxiliar de supervisor en una compañía constructora, con un sueldo de dos salarios mínimos y una jornada laboral de catorce horas diarias, obviamente sin chofer a la puerta, ni edecanes que le sirven café, ni una partida presupuestal para gestión social y promoción de imagen, ni bonos y vales para gasolina como los integrantes del Honorable Congreso del Estado.

Digo todo esto porque llevo dos meses con sus días y sus noches esperando que llamen por teléfono de varias empresas, y ya no estoy seguro de que realmente estuve allí, en oficinas de selección de personal como si hubiese estado en un confesionario, respondiendo preguntas como ¿cuánto ganaba? y ¿por qué dejó su último trabajo?, y ni modo de explicarles que en realidad el sueldo era muy poco, y que sobrevivía «con la pequeña ayuda de mis amigos», como dice una rola de los Beatles, y en cuanto a la segunda cuestión, no les podía decir que el enfrentamiento que provocó mi salida del periódico, no obedeció ni a una cuestión de principios, como piensan algunos, ni a un recorte de personal por falta de recursos, como argumentó después de todo el contador de la empresa, sino a un problema que yo creí de «percepción» y resultó una «opinión difamatoria» de mi parte o eso fue lo que le dijo, en una carta al director del periódico, un diputado local cuya actitud califico de esquizofrénica.

Y de nada sirvió que le explicara que la descripción que utilicé en mi crónica legislativa fue una cita textual del libro *Psicología médica* del doctor Ramón de la Fuente Muñiz, quien dice exactamente en la página doscientos veintiocho de esta obra: «Las esquizofrenias son psicosis caracterizadas por la ruptura de la relación con el mundo exterior»... Y: «Esta ruptura con la realidad hace posible la coexistencia de actitudes contradictorias». Y ahí estuvo el problema que me costó el trabajo en el periódico.

Y ahora «cómo le explico a mi corazón», para decirlo en palabras de aquel cantante de los años setenta de apellido Iturbe, que me corrieron por decir la verdad, porque el diputado al que me refiero dijo, palabras más, palabras menos, que «se actuaría sin miramientos de ninguna clase en la calificación de las cuentas públicas de los ayuntamientos», pero a la hora de la hora resultó que los alcaldes calificados por la comisión inspectora que él preside, fueron aprobados por unanimidad, a pesar de faltantes de cientos de millones de pesos en la rendición de cuentas y la pésima calidad de la obra pública que realizaron.

Ganas no me faltaron de decirle a la hora de la hora, que en lugar de ocupar una curul debería encontrarse en un hospital psiquiátrico, porque si usted observa una sesión del Congreso se dará cuenta de que los diputados sonríen, bromean entre sí, se carcajean, y entran y salen durante la sesión como si fueran víctimas de hiperkinesia, cuando no están hablando por teléfono, como si padecieran déficit de atención, y se carcajean, indiferentes a lo que ocurre en la tribuna y en el país y en todas partes del mundo que se cae en pedazos como un rompecabezas.

Y si eso ocurre durante todas las sesiones, cualquiera pensaría que padecen un trastorno mental clasificado como «Esquizofrenia desorganizada o hebefrénica», en el que «predomina un afecto absurdo, no apropiado» y «se suelen reír cuando se les da una mala noticia, las conductas suelen ser infantiles, el estado de humor es absurdo, existe desinhibición en los sentimientos. Suelen tener comportamientos extraños, como reír sin motivo aparente y realizar muecas. A menudo muestran falta de interés y de participación», o al menos eso dice un artículo firmado por Esther Moreno Cidoncha que leí en internet para documentarme a la hora de escribir esta historia, que ya no sé, como expliqué al principio, si se trata de un diario o de un cuento para un certamen organizado por Industrias Olmeca, aunque suene insistente, como la presencia del automóvil negro frente al departamento que después de no sé cuantas semanas, sigue allí, estacionado, o por lo menos hoy lo vi al salir rumbo al supermercado en el que me tocó vivir otra experiencia extraña, relacionada seguramente con el trastorno mental que «fue identificado por el psiquiatra alemán Kraepelin en 1896 bajo el nombre de 'demencia precoz', cuyos efectos, son 'graves deterioros cognitivos y comportamentales'».

De otra manera, no me explico el comportamiento de un funcionario gubernamental que cuando trabajé en el periódico y lo mencionaba en la columna o las crónicas, me dirigía la palabra en todas partes y me decía: «Señor, ¿cómo se encuentra usted?, me da mucho gusto saludarlo» y no sé qué caravanas, y ahora no fue capaz de darme ni las gracias cuando empaqué sus compras en el supermercado. Y si una vez en Navidad cuando lo entrevisté para el periódico, me envió hasta un pavo y una canasta navideña con galletas saladas, un frasco de duraznos en almíbar, dos latas de machichaco y una botella de rompope, ahora no tuvo la gentileza ni de darme el saludo.

Ayer volví de nueva cuenta a padecer insomnio. No sé si se debe a esa «dificultad para dormir» que según la página del *Medicine Plus*, es uno de los síntomas de la esquizofrenia, o a la guerra que se desató a media noche entre dos grupos de choque del sindicato de trabajadores petroleros, a unas horas de la elección de secretario general del sindicato ubicado a unos metros de mi casa.

Tampoco sé decir si estuve en el infierno durante varias horas, o si fue verdad, como se publicó en los diarios, que en medio de la batalla campal estallaron bombas molotov ante la ausencia absoluta de la fuerza pública.

En realidad no sé muy bien si me enteré del síntoma por el portal de internet, o cuando fui a realizar un reportaje a un hospital psiquiátrico de Villahermosa, porque resulta que en una de las salas se me acercó un señor de bata blanca, muy serio, a quien le dije que buscaba información sobre el tratamiento hospitalario de la enfermedad llamada esquizofrenia, para escribir una crónica, y muy atento me condujo a un consultorio donde empezó a tratar sobre el trastorno mental que describió a la perfección, con todos sus términos, sus causas, síntomas y tratamiento, y en eso estaba, refiriéndose a las notas del Papiro Ebers del antiguo Egipto que «pueden significar esquizofrenia», cuando llegaron otros hombres de blanco y lo amarraron con camisa de fuerza mientras me decían que «así comienza a hablar este paciente cuando se pone mal» y me invitaron a otra sala donde me presentaron a un verdadero doctor que no paró de fumar mientras hablaba, enviaba mensajes por el celular, veía

algo en la pantalla de la computadora y se tomaba un café. Luego comió un tamal de chipilín con salsa de tomate, atendió una llamada que parecía ser de su mujer a la que le gritaba, y después, regañó a una enfermera mientras me conducía por todo el hospital donde reinaba el silencio y un olor que a mí me parecía de profunda tristeza.

Pero volviendo al problema del insomnio, este trastorno del sueño se me presenta últimamente con mayor frecuencia. Sobre todo cuando termino de ver el noticiero nocturno por la televisión y las telenovelas que pasan a la media noche con temas de violencia, corrupción y crímenes de toda clase, porque ya no distingo cuál es la realidad y cuál es la ficción, y aunque practique al pie de la letra las instrucciones del doctor Blackamán para vencer al insomnio, permanezco despierto hasta el amanecer después de ver los programas de la Iglesia Mundial en donde salen unos pastores con acento portugués entrevistando a fieles que relatan milagro tras milagro.

Una señora relató que ella llevaba meses sin dormir ni comer hasta que llegó a la iglesia, y a las pocas semanas se volvió contratista favorita del gobierno y se sacó la lotería, aunque casi es lo mismo. En seguida compró un departamento de lujo, tres camionetas y una suite en Cancún, y ahora duerme hasta las once de la mañana y lleva una vida como de diputado.

De repente, a esas horas de la madrugada, tengo la impresión de que me veo a mí mismo ante las cámaras de la televisión nacional, diciendo que yo había perdido todo, la mujer, el perro y el trabajo en el periódico, hasta que me acerqué a la Iglesia Mundial y practiqué el ayuno, o más bien continué el ayuno que llevaba desde hacía varios meses, y «velé y oré para no entrar en tentación», como diría el Libro de los libros, aunque debía decir que continué desvelándome como lo he hecho desde que me quedé sin nada, y ¿qué cree? -me parece que le digo al pastor-, ahora escribo para un importante diario europeo, y además para el *New York Times*, y soy corresponsal de la agencia *France Press* y manejo un Mercedes, aunque a decir verdad, esto se me ocurrió por lo de aquella rola que cantaba con *feeling* Janis Joplin, y decía más o menos: «*Oh Lord, won't you buy me a Mercedes Benz*», pero la realidad es que actualmente colaboro con un semanario del municipio donde vivo, que se llama *La escoria*, y se publica cuando puede, y ando a pie o en «combis» porque tenía una bicicleta china rodada veintiséis pero me la robaron en las instalaciones de la unidad deportiva de mi pueblo.

Y así amanezco, imaginando todo lo que les contaría a los fieles de la iglesia, hasta que vuelvo a la realidad, es decir, me asomo a la ventana desde donde observo que el automóvil negro sigue allí, después de varias semanas.

Luego, enciendo el televisor en donde veo el noticiero de la mañana: el presidente dice que «la inflación registró un mínimo histórico en el mes de septiembre». En otras noticias, informan que «un bebé es cómplice de robo en Argentina», y en seguida, después de unos anuncios, comunican que «la Cámara de Diputados aprobó un punto de acuerdo para crear un Código de Ética y Conducta Parlamentaria». Otra nota de agencias, desde España, dice que «uno de cada tres habitantes del planeta sufre malnutrición», y doy por hecho que no soy uno de ellos, porque en ese momento alguien toca a la puerta de la recámara.

Se abre la puerta y aparecen una mujer y un hombre uniformados de blanco. Ella trae una charola de aluminio, por lo que me imagino que se trata de una camarera que me trae el desayuno a la cama. El que la acompaña debe ser mi chofer, porque se acerca con un mazo de llaves en las manos, entre las cuales, supongo, están las llaves del Mercedes. Eso pienso, hasta que la mujer prepara una jeringa con un líquido azul, mientras pronuncia la palabra prohibida. La recámara se inunda de un olor a hospital, mientras me inyectan, y en lo más doloroso de mis venas se disuelve la esencia de mis sueños.

Lo pensó todo el año. Su único temor es que llegara la fecha y el aparato ya no estuviese allí, como esperándolo. Por lo pronto entrenaba. Guardaba dieta forzosa porque los tiempos no daban para más. A la pregunta: ¿Fuma usted?, en las solicitudes de empleo, le hubiese gustado contestar: «Sí. Tengo tanto trabajo que fumo dos cajetillas diarias y una caja de puros», y donde dice: ¿Practica algún deporte?, se quedaba con las ganas de responder: «Ninguno, soy un cerdo burgués y busco chamba por hobby», pero la realidad es que llevaba meses con el título de técnico en computación bajo el brazo, de oficina en oficina, sin mayor resultado que un «Venga usted mañana, nosotros le llamamos, déjenos sus papeles y dese una vueltecita por ahí de diciembre...».

Fue a partir de entonces que se le ocurrió lo del robo. Era un estéreo inmenso, con entrada para USB, luces en las bocinas y una potencia de setecientos watts, los suficientes para escuchar música de banda que se oyera a cincuenta metros a la redonda.

La calle atestada de gente favorecía sus planes. Quince segundos después, pegaba la carrera. Se aferró al aparato mientras contaba uno dos tres, a una velocidad de ocho punto cinco metros por segundo. El policía casi le respiraba en la nuca mientras la gente gritaba «Agárrenlo» y gozaba el espectáculo.

A escasos metros pasaba, para decirlo en términos kafkianos, el distinguido señor K con toda su familia.

Para los neófitos, el señor K es un funcionario de gobierno cuya vida se transformó desde hace poco. Es decir, pasó de la miseria a la opulencia sin pasar por la clase media. Maravillas de la política nacional. Milagros que hubiesen sido suficientes para canonizar a muchos simples mortales.

Pero volvamos al ladrón, que a estas alturas pasa rozando junto a la camioneta último modelo del señor K.

En el interior, casi flotando en la atmósfera densa del aire acondicionado y el aroma a loción, le pregunta su niña:

—Papá, ¿por qué lo persiguen?

—Porque es un ratero —contesta el señor K.

En ese momento el semáforo cambia al color verde y la cara del señor K se ha vuelto roja.

Mientras acelera, siente como si el volante de la camioneta le quemara las manos.

En el malecón del antiguo Puerto México viajamos en medio del silencio contaminado por el sonido de la radio. A mi derecha, mi hijo de cuatro años de edad se asoma por la ventanilla del carro mientras cuenta los postes en voz alta:

—Siete, ocho, nueve, diez... —hasta que se detiene y lanza la pregunta:

—Papá, ¿dónde terminan los números?

—Son infinitos —le digo.

—¿Qué es el infinito? —insiste.

Sin tener una mejor respuesta a la mano, recorro a una cita del libro de Corintios. Le contesto que el mejor ejemplo de «infinito» es el concepto del amor, que como dice la primera carta de san Pablo a los Corintios, «nunca deja de ser».

Pasan varios segundos. No habla. Únicamente mira por la ventanilla, como observando el mar y luego el horizonte hasta que contesta sin voltear la mirada:

—Entonces ¿por qué te divorciaste de mi mamá?

La noche era húmeda, oscura, antes de que los fuegos artificiales iluminaran el cielo amenazado por la lluvia. Eran casi las diez, pero las ratas no se atrevían a asomarse al parque Independencia, como todas las noches, temerosas del ruido, la gente, las bocinas, a pesar de los olores intensos a hamburguesas, pizzas, hot-dogs y otras delicias de la nueva cultura mexicana.

Los héroes que nos dieron patria mantienen intacto el poder de convocatoria: en la plaza Hidalgo hay un lleno que no logran ni los cierres de campaña perredistas. Una asistencia que no consiguen ni los Cumbia Kings o la Sonora Santanera.

Frente al viejo palacio municipal se oye la voz del maestro de ceremonias. Hace lo que tiene que hacer para anunciar al elenco previo a la ceremonia:

«Con el aplauso de ustedes, el Potrillo Gerson», anuncia ante el micrófono, y de inmediato surge la voz acompañada por mariachis.

En el lado opuesto, la feria: como una alegoría del concepto circular del tiempo, casi aparecen Borges y Platón sobre los caballitos mecánicos. Y si la historia retorna 197 años para que estalle otra vez el Grito de Dolores, por qué no habrían de regresar los tiempos mitológicos.

En la esquina sur oriente del parque Independencia hay más expectación que frente al propio palacio.

Y se paga por ver, porque se anuncia –¡oh, dioses del Olimpo!, a «la mujer de tres pechos, al gallo con pelo y a la niña más pequeña del mundo».

Y en estos tiempos en que la gente no se espanta de nada, en que una diputada amanece panista y anochece en el PRI, en que un diputado dice «rechazar» cinco millones de pesos por «lealtad» al partido, asómbrese usted, la gente paga y hace cola frente a una camioneta de tres toneladas donde se exhiben –entre otros fenómenos–, «un pato con cuatro alas y un marrano con facciones humanas».

Esto es serio, como decía un maestro de teatro, de manera que no se vaya usted a imaginar que adentro de la improvisada carpa se encuentre un diputado local o un senador de los que discutieron la reforma electoral de tan ingrata memoria.

No. Eso lo viene uno a saber cuando se encuentra en la penumbra, en el pequeño escenario tras pagar los diez pesos de rigor y escucha la voz por las bocinas:

—Señorita, ¿podría decirle al público cómo se siente al estar con tres «bubis», con tres chiches y con tres pechos?

La aludida, quien dice ser originaria de Ciudad Juárez, Chihuahua, contesta de inmediato:

—Me siento la más sexy del mundo.

Y allá va la gente, a conocerla, mientras la joven baila por unos cuantos segundos y dice «adiós» a los que acaban de salir de la incredulidad y salen a continuar la fiesta del «grito». Después, al siguiente *stand* y uno se siente así, minúsculo frente a «la niña más pequeña del mundo», que se llama Selena, es «mexicana cien por ciento y mide escasamente cincuenta centímetros de altura».

—¿Cuántos años tienes?

—Diez —responde la niña, obediente al juego de ilusión óptica, mientras del otro lado de la plaza los cardenenses mantienen la ilusión de ser independientes aunque sea por un día, o más bien una noche que se empieza a cerrar, oscura, anticipándose al fuego artificial que estallará después del «¡Viva México!».

Atrás queda el ruido, la aglomeración y el incesante anuncio para ver a «la mujer de tres chiches».

En el extremo norte de la plaza la gente se aglomera alrededor de la estatua a don José Eduardo de Cárdenas. El mariachi literalmente calla. La letra de «mátalas con una buena dosis de ternura» da paso a la mención de los «héroes que nos dieron patria». El «yo no sé si te olvidaste ya de mí», en la voz de Paloma del Oriente, le cede su lugar a los anuncios. Antes de la coronación de la Señorita Independencia tocan más música mexicana: «Así se siente México», hasta que avisa el locutor: «Señoras y señores, vamos a recibir en estos momentos al ciudadano presidente municipal», y entonces el alcalde recuerda lo que son los aplausos que se apagaron desde los tiempos de campaña.

De pronto, debido tal vez a alguna falla técnica, el mariachi se arranca con una melodía que dice textualmente (en serio): «Sabes mejor que nadie que me fallaste, que lo que prometiste se te olvidó...»

Pero después del error viene el *hit*. La demostración de para qué son los amigos. El orador entra al quite para anunciar que «al finalizar la ceremonia del grito tendremos un cómico para que todos ustedes disfruten de esta noche». (No me ayudes compadre). Y en seguida la coronación de la Señorita Independencia. Los aplausos, la foto de rigor, y de nuevo el maestro de ceremonia:

—Vamos a invitar en estos momentos al ciudadano presidente municipal, para hacer esta ceremonia, la liberación de presos.

De allí a la comandancia de Seguridad Pública para «seguir con el protocolo de esta noche». Y unos segundos después se oye la voz del presidente:

—Vengo en nombre del pueblo que me confirió el cargo de presidente municipal y con la facultad que me otorga la ley al liberar a estos presos y así recordar la noche del 15 de septiembre de 1810, cuando don Miguel Hidalgo y Costilla en compañía de Juan Aldama, Ignacio Allende y José Santos Villa, acudieron a liberar a aquellas personas de la cárcel de Dolores, Hidalgo, mismas que más tarde formaron el contingente con el cual iniciaba la lucha por la independencia de México.

Entre los presos, obviamente, no había algún exalcalde, ni un integrante de la pasada administración, pero por si las dudas, el maestro de ceremonias se anticipa a la curiosidad del respetable:

—Sabemos —dijo— que ustedes quieren conocer quiénes son los liberados de esta noche, es una tradición en Cárdenas, en unos momentos los van a conocer para saber quiénes forman parte ya de la historia del municipio de Cárdenas al participar de una manera muy particular en la ceremonia del Grito de Independencia.

En efecto, no hubo ningún detenido por desvío de fondos. Solo uno por ebrio y escandaloso y otro por ebrio e insultos a los elementos de seguridad pública.

Una vez liberados, solicitó el maestro de ceremonias el aplauso para el ciudadano presidente municipal y para quienes también han obtenido su libertad en esta noche.

Eran casi las once, y entonces sí, pronunció el orador, nos preparamos para la ceremonia del Grito de Independencia mientras los del mariachi se arrancaban con el son de «La negra».

Luego el silencio previo a la solemnidad: los elementos de la banda de guerra ejecutaron el toque de diana antigua.

A esa hora, en el balcón, a la derecha del alcalde aparecieron los diputados locales. En medio había quedado el secretario del ayuntamiento para leer el Acta de Independencia, en donde se declara «solemnemente la presencia del Señor Dios, árbitro moderador de los imperios y autor de la sociedad que nos da y nos quita según los designios inescrutables de supervivencia».

Los de abajo seguían palabra por palabra el discurso del aspirante a la silla municipal que leía textualmente:

—Queda rota para siempre jamás y disuelta la dependencia del trono español.

Concluida la lectura, el alcalde se dispuso para el tradicional grito.

—¡Mexicanos!...

Y de nuevo la falla técnica. La voz del presidente municipal se pierde en el vacío, inaudible; los de abajo responden con un silbido unánime, hasta que el edil grita por el micrófono:

—¡Mexicanos: viva don Miguel Hidalgo y Costilla!

—¡Viva!

—¡Viva José María Morelos y Pavón!

—¡Viva!

—¡Viva doña Josefa Ortiz de Domínguez! ¡Viva Allende! ¡Vivan los héroes que nos dieron patria y libertad!

—¡Viva!

—¡Viva Cárdenas! ¡Viva Tabasco! ¡Viva México! ¡Viva México! ¡Viva México!...

La campana del palacio municipal se niega a tañer. Después, el sonido metálico se ahoga entre los gritos que sofocan los fuegos pirotécnicos.

El mariachi toca «Viva Aguascalientes» mientras del otro lado de la plaza, en el lado sur, continúa la exhibición de animales raros.

—Ella es la mujer con tres bubis, con tres pechos, la están conociendo gratis. Señorita, ¿podría decirle al público por qué se encuentra así?

—Por caprichos de la madre naturaleza.

—¿Podría decirle al público cómo te sientes al estar con tres bubis, con tres chiches y con tres pechos? — continuaba el presentador de la feria.

Y de nuevo, la mujer se declara «la más sexy del mundo».

Es media noche del 15 de septiembre, en el parque Independencia de Cárdenas. Frente a las imágenes del «cerdo con cara de ser humano», el «gallo con pelo», el «pato con cuatro alas», tengo por un instante la ilusión óptica de que me encuentro en un país libre.

Allí permanezco, incrédulo, disfrutando la sensación de independencia, hasta que me interrumpe una voz:

—¿No vas a ver a la mujer de tres chiches?

—No, hermanito, con las de dos ya tuve suficiente.

Nadie sabe a qué horas se le ocurrió leer ese libro. Doña Ifigenia se arrepiente de no haberlo botado a la basura, como lo hizo con tantos libros apolillados de su esposo el doctor, cuando él cerró el consultorio para dedicarse tranquilamente a la pintura.

Aunque lo grave no es que F haya tomado el libro sin permiso de la biblioteca personal de su padre, porque de todas formas el doctor lo pensaba donar, junto a un buen lote de libros, a la universidad donde impartió cátedra por veintitantos años.

Porque tampoco era la primera —ni la última vez— que a sus cuarenta y cinco años de edad se aprovechara de la paciencia de su padre, especialista en psiquiatría, para pedirle un préstamo impagable, o llevarse lo que encontrara de valor en su casa, ante los ojos de disimulo del doctor y su esposa, que alimentaban la esperanza de que al menos, F dejara de beber después de tres divorcios y por primera vez cumpliera su palabra —tras asistir a varios cursos de superación personal y un sin fin de retiros espirituales—, al prometerle al doctor que «ahora sí, trabajaría en serio en lo que fuera, dejaría de beber, y no volvería a pedirles ni un centavo prestado».

Eso dijo antes de que leyera el libro que tomó sin permiso de la casa paterna, y ocultó en la mochila desgastada que cargaba todo el tiempo en el hombro.

Eso juró antes de despedirse de sus padres y dirigirse a la terminal de autobuses de regreso a su casa, a unos doscientos kilómetros que el autobús recorrió en un tiempo de tres horas, las suficientes para que alcanzara a leer hasta el capítulo VI del libro *Psicología médica* escrito por el doctor Ramón de la Fuente Muñiz y publicado por el Fondo de Cultura Económica.

Cuando el chofer anunció por el micrófono que habían llegado a la ciudad de destino, y pronunció: «No olvide usted sus pertenencias personales», colocó el boleto entre las páginas del libro y lo cerró para guardarlo como un tesoro en la mochila.

Después permaneció tres días con sus noches concentrado en la lectura del libro sin salir para nada del departamento donde vivía completamente solo tras el tercer divorcio.

Extrañamente no hizo caso del ruido alrededor, ni salió a discutir con el propietario de una tienda cercana para que le bajara el volumen al sonido, ni se distrajo cada cinco minutos cuando pasaba un triciclo con bocinas anunciando pollos rostizados, una cadena de farmacias o el comercial de una ferretería.

Únicamente se indispuso —o se sintió como un perro de Pavlov, según sus propias palabras—, cuando llamaron a la puerta y al abrir descubrió que se trataba de una mujer de edad que acompañaba a un hombre ciego; sin dejarlos ni siquiera hablar, de mala gana, les entregó una moneda de diez pesos, no sin antes decirles lo que acababa de leer en el capítulo XIII del tratado del doctor De la Fuente, que se refiere a la medicina psicosomática. Concretamente lo que dice en la página doscientos setenta y siete de la edición de 1980 del Fondo de Cultura Económica, donde se explica que un caso típico de los trastornos histéricos que «resultan de la puesta en juego de un mecanismo de defensa mental», es «el de las paraplejías, cegueras, temblores, etc., tan frecuentes en psiquiatría de guerra».

Y pronunciándolo entre el asombro y la compasión de parte de los indigentes, cerró la puerta y regresó a continuar con la lectura, sin afectarle en lo más mínimo las sensaciones de hambre o de sueño, ni el recuerdo de Alicia, su exmujer, ni la música de banda a todo volumen proveniente de la casa de junto, ni las deudas, ni la falta de empleo, como si hubiese descubierto el hilo negro entre las páginas del libro robado y lo demás no importara, con excepción, por supuesto, de la psicología médica. Sobre todo de «Los padecimientos psicosomáticos», como se titula el capítulo XVI del tratado en cuestión, que convirtió en inseparable libro de cabecera y del que memorizó línea por línea párrafos enteros, como aquellos donde el doctor De la Fuente, al referirse a los aspectos psicológicos de la diabetes *mellitus*, cita a su vez a Hinkle y sus colaboradores, quienes a su vez, encontraron que «cuando hay relación entre la iniciación del padecimiento y situaciones emocionales, estas implican la reactivación de una experiencia de rechazo ocurrida en la infancia».

Esto último lo repitió F palabra por palabra frente a un amigo suyo que padece diabetes, al coincidir en el puesto de periódicos:

«Pero más importante que la relación entre factores psicológicos y el desarrollo de la evolución de la diabetes es la valoración de los efectos de la enfermedad sobre el psiquismo del enfermo», continuó citando el aprendizaje de psicólogo, antes de que el amigo le empezara a contar que ciertamente la enfermedad comenzó tras el rechazo de su padre alcohólico, y que viéndolo bien, no era tanto el efecto físico de la diabetes como «la depresión en que vivía», con lo que F se sintió como quien abre la caja de Pandora sin saber qué hacer y con la misma, se disculpó para seguir su camino hacia ninguna parte.

Nadie sabe a qué hora se le ocurrió leer ese libro.

Y los que siguieron sobre asuntos de psicología. Porque a partir de entonces se volvió insoportable y ante la mención del síntoma de cualquier enfermedad citaba, por ejemplo, del capítulo XIII de la obra mencionada, «que los estudios realizados desde el campo de la psicología permiten relacionar algunas funciones y disfunciones viscerales con ciertas tendencias de la personalidad y contenidos emocionales».

Si no fuera por su aversión a trabajar, es muy probable que hasta se hubiese atrevido a abrir un consultorio.

Mientras tanto va por la vida repitiendo como un vulgar imitador de Celia Cruz:

«Lo tuyo es mental...»

*Usted me desespera,
me mata y me enloquece...*
J. A. Zorrilla y J. R. Galindo,
«Usted»

Desde los siete años de edad, cuando estudiaba la primaria, Marilín mostraba dotes de psicoterapeuta. Para ser más exactos, todo empezó desde los años de preescolar, cuando en sus juegos imitaba algo que había observado en la televisión o había escuchado en pláticas entre personas mayores.

O eso creyó su madre la primera vez, cuando la sorprendió frente a una Barbie, mientras interrogaba a la muñeca en tono compasivo:

—¿Desde cuándo empezó a sufrir por la comida?

—¿Por qué se siente gorda al observar su cuerpo en el espejo?

—¿Quién le ha dicho que los hombres prefieren las mujeres flacas?

O cuando en otra ocasión la descubrió encerrada en la recámara, en el pequeño espacio al que la niña llamaba «el consultorio».

Sobre un sillón de piel, estática, se encontraba una muñeca a la que le faltaba una pierna, y que además, a consecuencia de la curiosidad de Marilín, había perdido un ojo y buena parte del pelo.

—¿Así que siente usted rechazo de la gente? —preguntaba la infante a la muñeca, y simulaba tomar apuntes en una libreta azul, en la que dibujaba unas figuras monstruosas.

Fue en esa época, también, cuando hipnotizó a un compañero de primaria, como había visto hacer a un mago brasileño, y con la misma técnica lo hizo bailar, correr y manejar un automóvil virtual durante varios minutos.

—Ahora váyase manejando a su casa —le ordenó al compañero, que cumplió al pie de la letra la orden de la niña y se pasó dos días con sus noches al volante de aquel carro virtual, hasta que Marilín fue requerida por los padres del niño para que le ordenara despertar, como lo hacía el famoso Taurus do Brasil en el teatro:

—A la de uno, a la de dos... ¡despierte!

Muchos años después, en la preparatoria, Marilín convirtió el salón de clases en una caja de Skinner donde logró condicionar a un grupo completo, utilizando como reforzamiento la conexión de telefonía celular, y como castigo el bloqueo de la misma, lo que provocaba una severa crisis de pánico entre los alumnos y por qué no decirlo, a la propia maestra, que interrumpía las sesiones de condicionamiento para evitar quedarse sin señal y en consecuencia, experimentar síntomas de ansiedad ante la posibilidad de incomunicación con sus amigos de las redes sociales.

A la mitad del curso, en el bachillerato, Marilín condicionó completamente a sus padres, que le daban permiso para todo ante la amenaza de que si se negaban, ella se escaparía con un poeta local en bancarrota y estudiaría la carrera de psicología, en lugar de matrimoniarse con un hombre de bien al terminar la carrera de diseño, como deseaba el padre de la joven.

Pero lo peor ocurrió cuando la niña, a punto de cumplir los quince años de edad, y mientras decidían si celebraban la fecha con una fiesta o con un viaje a Europa, le confesó a su padre, don Hilario, que lo más seguro es que el origen de todos sus conflictos radicaba en el complejo de Electra y después de explicarle los detalles le repitió palabra por palabra lo que acababa de leer en Wikipedia: que el complejo de Electra es algo muy común a todas las niñas en algún momento de la infancia aunque, en algunas ocasiones, va más allá.

Así le dijo con un gesto insinuante: «más allá» mientras meneaba el café con una cucharilla, y don Hilario —don Layo, para sus amigos, que era todo un ejemplo de la cultura del esfuerzo, porque empezó desde abajo hasta lograr el éxito económico sin concluir la educación secundaria—, enmudecía al borde del infarto y doña Creusa, su madre, se quedaba completamente sin palabras y no sabía si suspender la fiesta de quince años con orquesta y salón o si mandar a Marilín a un internado en Canadá «para que se le vaya pasando la locura».

Lo cierto es que don Hilario amaneció al día siguiente en un hospital, pero no a consecuencia de un infarto, sino de un serio intento de suicidio mediante «sobredosis de ansiolíticos», como constaba en el expediente de la clínica en la que despertó cuarenta y ocho horas después para observar el rostro preocupado de su esposa, y la mirada indiferente de su hija, que como si estuviera en un salón de clases, y no en el cuarto frío de un hospital, recitaba lo que acababa de leer sobre el suicidio:

«Un hombre que se retira de la vida no daña a la sociedad, solo deja de hacerle provecho, lo cual, si es un perjuicio, es del tipo más ínfimo», dijo citando a Hume ante la cara de asombro de doña Creusa y el espanto de la enfermera que acababa de entrar para tomarle la presión a don Hilario, mientras que Marilín seguía como si nada repitiendo fragmentos del ensayo titulado «El suicidio», que escribió David Hume hace dos siglos y medio:

«Si el suicidio se supone un crimen, es solo la cobardía lo que nos puede impeler a él. Si no es un crimen, la prudencia y el valor deben comprometernos a librarnos de una vez de la existencia cuando se vuelve una carga», repitió Marilín mientras su madre abandonaba la habitación como si hubiese escuchado una blasfemia, sin escuchar las frases con que acaba el ensayo del filósofo escocés en boca de la niña, que parecía hacer suyas las palabras de Hume sobre el suicidio:

«Esta es la única manera en que podemos ser útiles a la sociedad, poniendo un ejemplo que si se imita, preservaría a todos su oportunidad para la felicidad en la vida y los libraría eficazmente de todo peligro o miseria».

Y como si algo faltara para agravar la situación de su padre, Marilín remató con otra cita de Hume anticipándose a cualquier señalamiento en su contra, como contrarrestando las miradas de acusación de la enfermera y el médico:

«Sería fácil probar que el suicidio es tan legal bajo las disposiciones cristianas como en las paganas. No hay un solo texto en la Escritura que lo prohíba», dijo mientras el monitor junto a la cama de su padre registraba un aumento de la frecuencia cardíaca, por lo que el médico le suplicó a Marilín que abandonara el cuarto de inmediato.

Marilín estaba a punto de cumplir los dieciocho cuando leyó el anuncio en un transporte público:

«La Universidad Privada del Sureste ofrece la Licenciatura en Psicología en tres años, y la maestría en año y medio».

No lo pensó dos veces y acudió a la institución, localizada en lo que fue una de tantas casas de familia — abandonadas por efecto de la delincuencia—, para inscribirse y estudiar la carrera.

Lo de estudiar es un decir, porque la realidad es que permanecía comiendo con la mirada fija en la pantalla del celular a la hora de las clases, lo que no fue impedimento para que terminara la carrera con promedio de nueve y obtener un diploma de maestría, que montado en un marco de aluminio, colocó en la pared del consultorio, es decir, de lo que fue la sala, el comedor y la recámara principal en casa de sus padres, resignados a comer en la cocina y a dormir en el cuarto de visitas, «todo sea por la carrera de la niña», como dice su madre, doña Creusa, que de vez en cuando, en silencio, para no interrumpir, se aproxima al consultorio con una taza de café y un par de sandwiches, toca la puerta sin que le respondan, vuelve a tocar y espera unos segundos hasta que se decide a abrir y encuentra a Marilín detrás del escritorio sobre el que ha colocado una muñeca Barbie a la que le pregunta en tono compasivo:

—¿Desde cuándo empezó a sufrir por la comida?

—¿Por qué se siente gorda al observar su cuerpo en el espejo?

—¿Quién le ha dicho que los hombres prefieren las mujeres flacas?

B

A qué hombre había logrado convencerme: el único medio para acabar con la burguesía es la vía armada.

Y de inmediato comencé a buscar un burgués con el cual hacer un ensayo de exterminio.

Mientras le apuntaba me temblaron las manos. Un hilo de sudor me recorrió la frente durante aquellos segundos que me parecieron infinitos, aunque luego la gente habría de decir: «Pero si fue cosa de un instante» mientras se persignaban frente a mi cadáver y me quitaban el revólver de la mano derecha, misma con la que yo había escrito: «No se culpe a nadie de mi muerte».

B

Cuando el pequeño X cumplió tres años de edad, su madre y el autor de este cuento, que no es tal, nos encontrábamos en un proceso de divorcio.

Mientras tanto acordamos que, como padre del niño, tendría derecho a visitarlo un par de veces al mes para salir de paseo, aunque invariablemente afloraba la ira, los recuerdos, y salían a relucir los pretextos que impedían lo acordado.

Aquel fin de semana, cuando esperaba frente a la puerta de su casa, apareció M, la madre del niño, bastante preocupada.

—Puedes llevar a X, pero con una condición —dijo.

Enmudecido, sin palabras, esperaba lo peor.

Sin trabajo y sin esperanzas de una fuente de ingreso —porque en los tres periódicos en donde había solicitado trabajo me ofrecieron un puesto de cronista sin sueldo—, esperaba de parte de M una solicitud de aumento de pensión, y me mantuve silenciosamente, de pie, como quien espera la descarga mortal frente al pelotón de fusilamiento.

—Es necesario que lo lleves a un psicólogo —agregó mientras miraba al niño, preocupada—. Dice muchas mentiras y no deja de fantasear durante todo el día.

No tanto porque me hubiese convencido acerca del estado emocional del pequeño, sino por no discutir y acrecentar el encono, le respondí que lo llevaría con una amiga psicóloga, algo que resultaba —eso sí—, una rotunda mentira.

—Lo que pasa es que los hijos de padres separados maduran más temprano —comentaría más tarde una mesera del restaurante, cuando el pequeño X le respondió varias preguntas en un tono que a ella le pareció de una persona adulta.

Durante la comida se comportó normal, con excepción de lo que hizo unos minutos después, cuando observó que en la pantalla del televisor aparecía el presidente pronunciando un discurso sobre el futuro del país y el niño preguntó en voz alta, provocando la risa de los comensales:

—¿Verdad que lo que dice ese señor es pura mentira?

El resto del día, mientras paseábamos por la ciudad, imaginé la historia que le diría a M. Por momentos pensé en aleccionar al niño para que le mintiera a su madre y le inventara una consulta ficticia con mi amiga psicóloga.

De regreso a su casa, aminoré la velocidad cuando pasamos frente a un castillo construido a orilla de la carretera.

—Voltea a ver el palacio —le dije al pequeño X, que miraba al lado opuesto del camino sin tomarme en cuenta.

—Es en serio, hay un castillo de este lado de la carretera —le insistí, sin que volteara a ver, como si recordara la opinión de su madre sobre su «fantasiosa» conducta y percibiera que se trataba de una trampa.

De repente, di la vuelta en «u», y estacioné el vehículo frente a la entrada del castillo, que un empresario construyó —con una mezcla de estilo medieval europeo y árabe—, como una casa de campo.

A mi derecha, el pequeño permaneció inmóvil en su asiento.

De repente, cauteloso, volteó a su derecha hasta observar incrédulo el castillo. En silencio, espero unos segundos mientras contempla aquella construcción y nuevamente enfilo hacia su casa.

En el camino solo se escucha el ruido del motor hasta que el niño, al que su madre acusó de fantasioso, se refiere a la vista del castillo:

—Esto no se lo voy a contar a mi mamá...

La paradoja

La visita fue en el año 2002. A estas alturas espero que haya salido del lugar y sea alguien de provecho, agente de tránsito municipal u honesto funcionario. Por obvias razones —como dicen los cronistas de nota policiaca—, no menciono su nombre, pero el muchacho llevaba ya un buen tiempo en el hospital psiquiátrico de Villahermosa cuando escribí la crónica. Fuimos dos reporteros y un fotógrafo los que ingresamos en esa ocasión al centro de tratamiento, no en calidad de internos, sino a realizar un trabajo periodístico. Eran tiempos de lluvia y, de repente, el joven que dialogaba con los reporteros nos lanzó una pregunta:

—¿Escucharon los truenos del martes?

—Sí, le contesté.

Y entonces dijo:

—Era yo, me estaban torturando.

La imagen me pareció genial, y de repente, me pareció que estaba entrevistando a un cuentista o un talentoso poeta. De hecho, dijo que había asistido a un taller literario. Si ya lo dieron de alta probablemente sea un ciudadano ejemplar, pero si sigue allí, me pregunto qué pensará estos días si alguien le lleva los periódicos, o se entera a través de la televisión del caso Josef Fritzl, el austriaco que abusó de su hija y la encerró durante 24 años en un cuarto sin ventanas y está libre. O cuando vea la foto de una ex primera dama del país con una nariz de payaso en la portada de *El Universal* del martes 29 de abril del 2008. O cuando lea la nota sobre un gobernador jalisciense que le dijo a sus críticos: «Chinguen a su madre», y no está en un centro de tratamiento sino al mando de un gobierno. Y si se pone broncado, cómo le explican que los legisladores sí se pueden retar a duelo por cualquier pendejada, pero él no, porque no es senador ni diputado. Cómo explicarle a ese muchacho que él está enfermo y los de acá son normales. Cómo.

B

Hasta antes de la elección federal del año 2006, el nombre más repetido en el padrón del IFE era el de «Juan Hernández Hernández», con 2 mil 758 votantes a nivel nacional. En Tabasco, desconozco cuál es el nombre que aparece con más frecuencia en el padrón de votantes, pero sospecho que no ha de ser el mismo que reportan las estadísticas del IFE, porque aquí en el Edén, como decía el poeta, «las cosas suceden de otro modo». Ayer, por ejemplo, mientras me dirigía a mi humilde casa, mientras pasaba por el parque Independencia, de Cárdenas, observé a un grupo de jóvenes que se nombraban entre sí «miembro viril», por decirlo de alguna manera inofensiva para los castos oídos de mis cuatro lectores. Los paisanos que le cuento, se decían entre sí «Órale ver...» y aún no había caminado ni media cuadra cuando pasé frente a un billar donde se oía repetidamente el mismo apelativo: «¿Qué te pasa, ver...?» Y en la calle sucedía lo mismo entre otro grupo de jóvenes. Yo sabía que en Tabasco se utilizan nombres raros; es común encontrarse con un Lenin, Stalin, Hitler, Aniv de la Rev y hasta con alguien llamado Baudelaire, pero de ahí a llamarse igual que el «órgano masculino del hombre» o esa palabra que sirve para expresar «sorpresa, protesta, disgusto o rechazo» según el tumbaburros de la Real Academia, existe gran diferencia.

El nombre mencionado es tan frecuente en Tabasco, que generalmente, cuando alguien se retrasa medio segundo en avanzar, después del cambio de luz en el semáforo, no falta el conductor que grita encabronado: «¡Órale, verg...!», cual si fuera un nombre repetido en el padrón de electores. No lo creo, pero muchos se nombran así en la calle. Y no entiendo nada de psicología pero de algo estoy cierto: Si viviera, Sigmund Freud sería consejero del Instituto Nacional Electoral.

*Ay, extranjero, las mujeres aman
a sus maridos, no a sus hijos
Eurípides,
Electra*

Cuando Laika murió estuvimos preparados. La noche anterior, previendo la tragedia, compré con pesadumbre un kilo de café, dos cajas de Kleenex, cuatro paquetes de cigarrillos y un rollo de cinta de seda negra.

En la farmacia tuve que deshacer el nudo en la garganta para pedir una caja de tranquilizantes para Electra, mi esposa.

Mientras tanto, ella, desconsolada, se aferraba al cuerpecito moribundo para escuchar sus cada vez más inaudibles latidos. Sobre el buró pude mirar con sorpresa un libro de Salmos que ella misma, atea recalcitrante, leía en voz alta mientras uno con un pañuelo se enjugaba las lágrimas para —acto seguido—, humedecer llorando aquel cuerpo afiebrado en lucha con la muerte.

Para ganarle al tiempo, resignado me dirigí a las oficinas de un periódico donde ordené una esquela para el día siguiente. Sería un cuarto de plana y junto a los datos de costumbre colocaría unos versos de Sabinés.

También, a instancias de Electra, la esquela llevaría una imagen de Laika, cuyas fotografías aparecen en todos los muros de la casa: Laika asomando la cabeza en el trabajo de parto. Laika en la playa. Laika como una línea divisoria en el lecho matrimonial. Laika en el aniversario de su nacimiento. Laika por todas partes. Laika...

En las últimas horas, el aire enrarecido de la casa tuvo un olor intenso, como si en vez de moribunda fuera una inquieta masa sublimándose, o eso me pareció cuando extendió la lengua kilométrica, cubierta de espuma, empecinada en vivir con el coraje de sus quince años cumplidos, celebrados con bombos y platillos.

Aferrada, se le quedó mirando a Electra, quien a su vez apretó fuertemente el pulso del doctor, que indiferente, muy profesional, continuó con su labor como si nada, dosificando el suero glucosado y observando los cada vez más escasos síntomas vitales.

Debido a que se colocó unos guantes de goma y cubrebocas para hacer su trabajo, no le pude observar —aun cuando lo supuse—, un gesto de repugnancia ante el olor nauseabundo de la perra, ni lo vi parpadear cuando el animalito le gruñó ferozmente a la hora de aplicarle una inyección letal que interrumpió su largo sufrimiento.

—Es todo —pronunció el veterinario con una voz sepulcral que dio comienzo a nuestra vida de luto.

Durante el día siguiente la casa se fue llenando de amigos que acomodaron flores y coronas alrededor de la cajita metálica con una tapa de vidrio, alrededor de la cual permanecemos todos en un largo silencio, interrumpido de vez en cuando por una mujer de pelo oxigenado que entonaba como una letanía versos de la *Ilíada*, que no dejó de pronunciar hasta que sepultamos a la perra en el jardín de la casa, donde permaneció Electra sin comer ni dormir durante varias semanas, enflaqueciendo y preocupándome hasta el grado de llamar a su madre, a quien no visitábamos desde que la internamos, muchos años atrás, contra su voluntad, en un asilo de ancianos.

—¿Quién se murió —dijo del otro lado de la línea con una voz casi inaudible, y unas horas después llegó a la casa en una silla de ruedas.

Cuando la vio llegar, bastante sorprendida, Electra soltó la bolsa de alimento canino con el que había interrumpido el ayuno, para lanzarse en brazos de su madre, que confundió las muestras de dolor de su hija con una manifestación de amor filial que la llevó a soltar un par de lágrimas que recorrieron lentamente el rostro de la anciana, quien solidaria permaneció durante varias horas con Electra ante la tumba de Laika.

—Aquí te sentirás a gusto —le aseguró mientras la conducía en su silla de ruedas al cuarto de visitas, impregnado aún del penetrante olor de la perra.

Acto después, la acomodó sobre el pequeño lecho en que dormía la mascota, aunque la anciana se quejaba con cierta timidez, pues le sobresalían las piernas más allá de la cama.

—Te vas a acostumbrar, mamá —le contestó Electra, mientras depositaba sobre el buró un plato de loza con galletas y un vaso con agua que ella bebió de un sorbo para aclarar la voz y preguntar sobre los años pasados, lo que bastó para que derribara una invisible compuerta y le cediera el paso a un caudaloso río de palabras en el que naufragaba el recuerdo de la perra, sin explicar la prolongada indiferencia de Electra ante la soledad de la anciana, desterrada de un territorio en el que solo cabían Electra, Laika, y a veces yo, porque de vez en cuando sobrevinía el celo de la perra, y la casa se impregnaba de un olor que alborotaba a los feroces pretendientes de Laika, que invadían la casa, y ni modo de preguntarle a los canes sobre sus verdaderas intenciones, ni *usted en qué trabaja*, o si tiene vicios, ni de aclarar cuestiones sobre sus preferencias ideológicas.

—Puedo morir en paz —dijo la anciana con una voz celestial que interrumpió su hija, como si hubiese escuchado pronunciar la soga en casa del ahorcado.

—No es tiempo aún —le respondió Electra, antes de abandonar la habitación a oscuras para salir de nueva cuenta al jardín, llena de un luto eterno, impenetrable, y un silencio total en el que adiviné, después de tantos años de infeliz convivencia, que llegada la hora todo continuaría igual, y yo tendría que ocuparme de los funerales, y publicar una esquela en el periódico, sin versos, y pronunciar a solas una breve oración en memoria de la anciana, mientras Electra, estoy seguro, regresaría al ayuno, sin quitar la mirada de las fotos de Laika, que cubrirán para entonces hasta el último espacio de los muros como costras cubriendo la epidermis enferma de su cuerpo y el mío.

No recuerdo muy bien si se llamaba Elena, Yocasta, o Elizabeth, como la investigadora sobre el tema de la fiabilidad de los recuerdos reprimidos. Da lo mismo, porque en el grupo de la carrera de psicología la identificamos con el nombre de su lugar de origen, desde aquella ocasión en que se organizó un concurso de embajadoras, como una actividad de la materia de «Experiencia cultural», y ella participó como representante de La maravilla, una comunidad ubicada en la zona de los Ríos.

Ese día del certamen de belleza nos maravilló con sus habilidades oratorias y su tenacidad para lograr objetivos, lo que significa que memorizó —como corresponde en estos casos—, un poema completo de Pellicer —«La voluntad no tiene cielo»—, y con la misma voluntad se abstuvo de comer durante las semanas previas al concurso, aquellos platos abundantes de ensalada rusa y carne polaca, acompañados de galletas de soda, que sin falta Maravilla disfrutaba en plena clase sin dedicar la mínima atención a los expositores, así se tratara de una disertación sobre filósofos racionalistas, en la clase de Historia de la psicología, o de la solución de ecuaciones simultáneas de primer grado, en la clase de Fundamento matemático.

Algunos, muy ingenuos, llegamos a pensar que se trataba de una alumna genial, y que debido a ello su aburrimiento lo llevaba a pasar las dos horas de cada clase concentrada en el celular, cuando asistía, porque de diez sesiones sabatinas que constituyen el semestre semiescolarizado, Maravilla faltaba cinco o seis, con lo que se vería obligada a repetir la materia, de acuerdo al reglamento de la Universidad Popular de Nueva España. Pero resulta que al final del semestre se presentaba con una carpeta de constancias médicas como si se tratara de un boleto para presentar exámenes finales, que aprobaba con calificaciones de excelencia.

Al principio, como ya se explicó, varios llegamos a creer que se trataba de una alumna genial, hasta que le tocó exponer un tema de neurofisiología, y a una pregunta del maestro respondió que el cerebro humano «tiene tres hemisferios».

Raras veces cumplió con las tareas, y cuando la maestra de Historia de la filosofía nos encargó un resumen de veinticinco cuartillas sobre el pensamiento de los filósofos griegos, Maravilla presentó una hoja con algunos conceptos que copió del teléfono celular, cinco minutos antes de la clase. Nadie supo lo que escribió esa vez con un bolígrafo de cuatro colores, aunque lo cierto es que si Maravilla hubiese sido griega y hubiese vivido en el siglo II antes de Jesucristo, practicaría sin duda la doctrina filosófica de Zenón de Citio, porque resulta un hecho indiscutible y muy digno de elogio que soportó con verdadero estoicismo el *bullying* permanente de los compañeros de clase, que por si fuera poco, evitaban incluirla en los equipos de trabajo de cualquier materia.

Recuerdo perfectamente que las compañeras y los compañeros del grupo me tiraron a loco cuando a mediados del tercer semestre de la carrera les propuse una apuesta:

—Juego cien contra uno a que Maravilla se titulará primero que todos y logrará un puesto de trabajo superior al de cualquier integrante de esta generación.

La semana siguiente, Maravilla se integró a nuestro equipo en la asignatura de Teorías de la personalidad. El tema a desarrollar era ni más ni menos que la Psicología existencialista.

De todos los subtemas, Maravilla eligió exponer sobre la obra de Jean Paul Sartre y se comprometió a realizar una presentación excelente. Así dijo, y repitió con todas sus letras la palabra «excelente», cuando le recordamos la advertencia del maestro:

—Si cualquiera de los presentadores falla, la baja calificación es para todo el equipo.

El resultado fue que todos los integrantes —menos Maravilla— nos propusimos estudiar a Sartre, además de nuestros propios temas, cuando faltaba un mes para la fecha de presentación. No fue tanto nuestro afán de apoyarla, sino el riesgo de una calificación reprobatoria lo que nos motivó a enviarle las láminas de PowerPoint a su correo, acompañadas de un resumen clarísimo de *El ser y la nada*, de *La trascendencia del ego* y otras obras del filósofo existencialista francés.

—¿Cómo vas con el tema? —le pregunté dos semanas antes de la fecha crítica.

—No he consultado mi correo, porque resulta que en mi comunidad no llega la señal de internet, y el cibercafé más próximo se encuentra como a cinco kilómetros de donde vivo, y el problema es que con las últimas lluvias se derrumbó el puente que conecta el camino con la carretera, y por si fuera poco, se enfermó mi abuelita y la tuve que cuidar personalmente, pero además mi cuñada se quebró una pierna y la he tenido que cuidar, y en el hospital donde trabajo he tenido que laborar doble turno por la ausencia de una compañera, y por si no bastara, me pasé la semana confeccionando el traje para la evaluación de otra materia en la que tenemos que presentarnos disfrazados de psicólogos del siglo diecinueve, y ¿qué creen, compañeros?, como si no tuviera suficientes problemas, me robaron la computadora donde guardaba todas las tareas, y el ensayo que había escrito acerca de la psicología fenomenológica de Husserl y el existencialismo de Sartre, pero no se preocupen, que en cuanto arreglen el puente, y los agentes de la fiscalía me recuperen la computadora, yo me pongo a estudiar y no les fallo.

Preocupado, le comenté que un servidor llevaba treinta y tantos años de repasar las obras de Sartre «y todavía no lo entiendo».

—¿No lo entiendes? —preguntó Maravilla sin levantar la vista de la pantalla del celular, ni dejar de comer el obligado plato de «ensalada de novios» con galleta de soda.

—No lo suficiente como para una exposición —reconocí, esperando que compartiera nuestra preocupación por el tema.

—¿De veras, no lo entiendes?

—No. A ver, dime: ¿qué es el existencialismo?

—Pues muy fácil: el existencialismo es la existencia —dijo como si nada, antes de darle un sorbo a la botella de Coca-Cola para bajarse el bocado de ensalada rusa, y de chuparse los dedos que deslizó después sobre la pantalla del celular, en ese orden, como si hubiese tratado de demostrar la afirmación de Sartre de que «la existencia precede a la esencia».

Cuando llegó el día de la presentación tuvimos que suplirla, porque mandó un mensaje al grupo de WhatsApp acompañado de la imagen de una pierna enyesada, informándonos que había sufrido un lamentable accidente que

le impedía asistir durante las siguientes semanas, que resultaron ser exactamente dos, al cabo de las cuales se presentó en el salón como si nada, porque subió las escaleras de dos en dos, y de la misma manera bajó a la cafetería para comprar una orden de medio kilo de ensalada rusa y otra similar de carne polaca antes de que iniciara la primera clase.

Cuando llegó el día del examen final, llevaba cinco faltas. Como trabajo de evaluación, en nuestro equipo, presentaríamos un consultorio de psicología en el que aplicaríamos, con fines terapéuticos, las ideas y los métodos de algunos filósofos: de Sócrates a Heidegger; de Soren Kierkegaard a Jean Paul Sartre... O para decirlo en palabras de Marinoff, aplicaríamos «Más Platón y menos Prozac», aunque a decir verdad los integrantes del equipo estuvimos a punto de tomar un Tafil, cuando precisamente el día de la presentación apareció Maravilla para decirnos que la agregáramos de última hora al equipo. Por supuesto, ella no había estudiado a Heidegger ni había leído la *Investigación sobre el entendimiento humano*, de Hume, como lo habían hecho hasta el desvelo las demás compañeras. Sin embargo, se presentó al examen con una autorización oficial después de haber justificado las faltas, y llegado el turno de su presentación, leyó, tartamudeando, mientras veía la pantalla del celular, un artículo titulado «Simplifica y vencerás: 10 ideas para vivir sin problemas», que había bajado cinco minutos antes de una revista digital llamada Psicología práctica. Por supuesto, la compañera no le dio ningún crédito a Guillermo de Ockham, el franciscano inglés que postulara en el siglo XIV que: «En igualdad de condiciones, la explicación más sencilla suele ser la más probable», sino leyó el decálogo de la simplicidad que publicara una revista española con un tono solemne, como si se tratara de aforismos de Cioran, con lo que obtuvo una buena calificación ante el asombro de todos.

Fue el mismo día cuando les comenté a las compañeras del equipo que Maravilla iba a llegar muy lejos, porque además de su tenacidad, tenía la gran ventaja del parentesco con un ex secretario de gobierno, lo que no era verdad, como tampoco era verdad lo del tercer hemisferio, ni existía la certeza de que la simplicidad conduce a una existencia sin límites.

No sé si lo creyeron o no, pero desde esa fecha la dejaron de molestar con el *bullying* y se peleaban por integrarla a su equipo.

Así ocurrió un semestre tras otro, hasta llegar al día de la graduación en que se presentó puntual, por primera vez en toda la carrera.

Terminado el evento nadie volvió a saber de ella.

Del resto de la generación tampoco sé gran cosa, aunque de buena fuente supe que una de nuestras compañeras es catedrática de neurofisiología en una universidad de España, otra colega me ha comentado que le va muy bien en cierta universidad de Veracruz, en donde puso un puesto de empanadas, y me acabo de enterar de que otra compañera instaló un consultorio donde «se lee el tarot y se realiza toda clase de limpiezas».

Por mi parte, continúo trabajando —es un decir—, como técnico de refrigeración, y por las tardes salgo a vender pan en un triciclo, aunque la falta de clientes y el orgullo me han llevado a salir en busca de un trabajo relacionado con mi nueva carrera. .

Así, he caminado de oficina en oficina presentando exámenes que ya me sé de memoria, sin ningún resultado.

—¿Por qué quiere usted trabajar con nosotros? —me pregunta una licenciada joven, de lentes, como si no se me notara la necesidad, y le respondo con frases de costumbre, porque ni modo de confesarle que me urge un trabajo para pagar la pensión alimenticia y las letras vencidas de la lavadora y la renta y el costo de mis medicinas.

—¿Padece usted alguna enfermedad? —me vuelve a preguntar.

Y le respondo con toda la calma del mundo:

—No, licenciada, ¡cómo cree!, ¿no se me nota que corro más de treinta kilómetros por las mañanas, y al terminar hago trescientas lagartijas y una hora de bicicleta? —porque ni modo de decirle que ya no como ni duermo por tanta preocupación, y que padezco neurosis, y no soporto el ruido que producen los altavoces de una tienda frente a mi humilde casa, desde el amanecer hasta la media noche.

—¿Está dispuesto a viajar? —me dice, y en seguida le respondo que sí, que estaría dispuesto a trasladarme hasta la misma China, si me ordenan, aunque lo cierto es que no soy capaz de ir ni a la capital del estado debido a la ansiedad que me producen los viajes desde la vez en que sufrí un asalto a bordo de un camión de segunda y el asaltante me pegó un cachazo en la cabeza cuando exigió que le entregara el celular y le entregué un teléfono que me costó como doscientos pesos.

Pero ya me perdí, como decía aquella canción que interpretaban Los tres diamantes, que a la letra rezaba «y todos dicen que dicen, que tú me estas embrujando, que tú me estás acabando, que yo ya no sirvo *pa' nada*» y eso mismo llegué a pensar después de la última entrevista en que me preguntaron de todo: desde cuál es el valor de la raíz cuadrada de Pi hasta la fecha de nacimiento del primer paciente de Freud.

Debo decir que la semana pasada me presenté a una oficina del Instituto de Salubridad dispuesto a lo que fuera. Allí esperé durante toda la mañana a que llegara la licenciada. Así se refirió una secretaria a la jefa de la oficina en donde debería de presentar el currículum y una solicitud de empleo.

—Ella no tiene horario. Y quién sabe si lo pueda atender el día de hoy porque acaba de regresar de un congreso en Europa, y se encuentra atendiendo los asuntos pendientes —me informó la secretaria alrededor de las once, unos minutos antes de que ingresara a la oficina una mujer con dos platos cubiertos de uncel, un paquete de galletas saladas y una botella de Coca-Cola de dos litros.

Cuatro horas después la secretaria me indicó que ya podía pasar con la licenciada, pero que no me iba a dedicar mucho tiempo porque «a las cuatro tiene que dar una clase en la Universidad del Valle de Alemania, campus Villahermosa».

Con las muy pocas fuerzas que me quedaban caminé hacia la puerta de la oficina y toqué tres veces.

—Adelante —pronunció una voz de mujer que parecía de otro mundo.

Entonces abrí la puerta lentamente, como tratando de no interrumpir, y caminé, casi flotando, sobre la alfombra roja como si fuera a recibir un premio cinematográfico.

Al notar mi presencia, la licenciada, que se encontraba de perfil, hablando por teléfono, giró el sillón, y en lugar de pronunciar buenas tardes frente al enorme escritorio en donde despachaba la directora de investigación científica del Instituto de Salubridad, me resultó imposible contener la expresión:

—¡Maravillaaa...!

Siempre estuve seguro de que ella iba a llegar muy lejos.

B

La primera noche tuvo pesadillas. De madrugada, se levantó con el espanto dibujado en la cara para beberse de golpe el vaso de agua a un lado de la cama.

Al día siguiente, la señora N se encontró con varios seres extraños con los que habría de compartir el espacio hasta que decidieran los médicos especialistas.

Por lo pronto, tendría que soportar los síntomas de la abstinencia al alcohol del señor K, sin contar el trastorno paranoide de personalidad de la joven X, cuya característica esencial «es un patrón de desconfianza y suspicacia general hacia los otros, de forma que las intenciones de éstos son interpretadas como maliciosas», de acuerdo con el Manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales (DSM IV). Por si eso fuera poco –aunque parezca letra de canción de Silvio Rodríguez–, debería adaptarse a la convivencia con el señor Y, un joven divorciado diagnosticado con trastorno de angustia por el psiquiatra G, quien ha explicado al paciente que «En algunos casos la pérdida o la afectación de algunas relaciones interpersonales importantes (por ejemplo, abandono del hogar en busca de independencia, divorcio) se relacionan con el inicio o la exacerbación de un trastorno de angustia», tal como se menciona en el manual DSM IV. Lo cierto, es que al igual que muchos individuos en esta situación, el señor Y «también confiesa tener sensaciones constantes o intermitentes de ansiedad que no se centran en una situación o acontecimiento específico», como establece el «manual de los trastornos mentales», donde se advierte que otros individuos con trastorno de angustia, «se vuelven excesivamente aprensivos en relación al resultado de las actividades y experiencias diarias, particularmente en lo que hace referencia a la salud o a la separación de seres queridos». No existe aquí ninguna actividad que no sea estar sentados frente al televisor por las mañanas, realizar ejercicio en aparatos, compartir la mesa sin hablar a la hora de comer y mantener la vista en el celular mientras se realizan las acciones anteriores. Sobre la separación de seres queridos, el señor Y nunca deja de pensar en la que fue su esposa, y ha sentido el deseo de buscarla, pero el psiquiatra le recuerda que «todavía no es tiempo», que lo tome con calma, y cuando llega al extremo, le administra una dosis de alprazolam para calmar sus ansias. Lo mismo le ha advertido el médico al señor K, quien en un par de ocasiones ha intentado la fuga en compañía del señor Y, aunque por motivos distintos. En los primeras horas de su reclusión, el señor K manifestó los síntomas que mencionan el manual DSM IV sobre la abstinencia de alcohol: «Hiperactividad autonómica (por ejemplo, sudoración o pulsaciones por encima de 100); aumento del temblor distal de las manos; insomnio; náuseas o vómitos; alucinaciones visuales, táctiles o auditivas transitorias, o ilusiones; agitación psicomotora; ansiedad, y crisis epilépticas».

Según la misma fuente, «Los síntomas pueden provocar un malestar clínicamente significativo o un deterioro de la actividad laboral, social y otras áreas importantes de la actividad del sujeto», aunque en caso del señor K, el «malestar clínicamente significativo» lo han padecido quienes conviven con él, soportando su «insomnio y alucinaciones visuales». El resto de los síntomas no representan «áreas importantes de la actividad del sujeto», pues el señor K, ha sido siempre antisocial y declarado enemigo del trabajo.

Las noches siguientes, la señora N tuvo que recurrir a un ansiolítico: sentía ahogarse en el vaso de agua a un costado de la cama, hasta que colocaba el comprimido de Tafil sobre la lengua reseca y se bebía de golpe todos sus problemas. En los minutos transcurridos antes de dormirse, hacía un recuento involuntario de los días transcurridos a partir del encierro: la aprensión exacerbada del señor Y «y sus preocupaciones por la posibilidad de padecer nuevas crisis», como dice el manual de todos tan temido. Las eternas discusiones con el señor K, por mínimas razones, terminaban de manera violenta. Las horas infinitas en la caminadora de hacer ejercicio, que a ella le parecía como una jaula de ardilla, hasta que concluyó la «jornada nacional de sana distancia» –que implementó el gobierno como una medida para contener la pandemia de coronavirus–, «pero no terminaba la emergencia». Ahora habrá que regresar a la «nueva normalidad», aunque el proceso será de forma escalonada y el espacio público estará regulado por el semáforo rojo, naranja, amarillo y verde. Ella espera con ansias el momento de volver al trabajo, y en la «nueva normalidad» pueda alejarse todo el día de la presencia de su esposo, a quien nos hemos referido en líneas anteriores como el señor K, y al mismo tiempo, olvidarse por unas horas de las crisis de angustia del joven Y, quien es hijo de ambos y regresó a vivir en la casa paterna el mismo día de la separación de su esposa.

Cautelosos ante el riesgo de contagio después del aislamiento, cada quien hace planes para salir próximamente de casa, con excepción de la joven X, quien como ya se dijo, tiene un trastorno paranoide de la personalidad y como se menciona en el manual *DSM IV*, «Los individuos con este trastorno dan por hecho que los demás se van a aprovechar de ellos, les van a hacer daño o les van a engañar, aunque no tengan prueba alguna que apoye estas previsiones», por lo que ella prefiere continuar el encierro y alejarse del mundo, al sospechar «con pocas o ninguna prueba, que los demás están urdiendo algún complot en su contra y que pueden ser atacados en cualquier momento, de repente y sin ninguna razón», como explica el manual de referencia.

La última noche, la señora N tuvo pesadillas. De madrugada, se levantó con el espanto dibujado en la cara. Vio la fecha en el calendario del reloj y confirmó que ya había resistido algo más de dos meses en completo aislamiento. Recordó la escena en la sala de la casa: frente al televisor, todos quitaban la vista del celular para observar la imagen del Presidente, quien expresaba «que lo de los parques se tome en consideración; que la gente salga con la distancia correspondiente, porque también es necesario, hace falta, no se puede tanto encierro...»

Como a las nueve y media de la noche, destapó la caja de ansiolíticos. Colocó una pastilla de cinco miligramos sobre la lengua reseca, contó hasta diez, y se dispuso a esperar la tempestad dentro del vaso de agua.

Epílogo

La mayoría de los textos del presente volumen se escribieron durante los años en que el autor estudiaba la carrera de Psicología en la Universidad Popular de la Chontalpa. Lo que inició como un ejercicio literario, sin pretensiones académicas, dio motivo para una colección de textos con la unidad temática que se reclama en el título. Un texto incluido en esta colección fue publicado en la columna «Inventario», que el autor escribió durante algunos años para el diario *Tabasco Hoy*: «La paradoja» (30 de abril de 2008); y «La caja y otras sorpresas», que se publicó el 26 de marzo de 2007, en la sección cultura del mismo diario. «El grito» apareció en la revista *Chontalpa*, de Cárdenas, Tabasco, el 20 de septiembre de 2007.

La mayor parte de los relatos, si no es que todos, pertenecen a un territorio donde los personajes pueden «escuchar voces o ver cosas que no están allí».

B

Índice

Psicoterapia para lagartos insomnes	9
Esquizofrenia	13
El ratero y otros seres queridos	29
Historia personal del fin del mundo	31
El grito	33
Lo tuyo es mental	39
No juegue con sus penas... que es lo único que tienen	43
Del suicidio y otros temas menores	49
Esto no se lo puedo contar a mi mamá	51
La paradoja	55
Nombres... (O «Si Freud viviera, sería consejero del INE»)	57
Honrarás a tu padre y a tu madre... (O algunas variaciones del complejo de Electra)	59
La maravillosa historia de la chica Maravilla	63
Manicomio	73
Epílogo	77

Alejandra Frausto Guerrero
Secretaría de Cultura

Natalia Toledo
Subsecretaria
de Diversidad Cultural

Marina Núñez Bernalova
Subsecretaria
de Desarrollo Cultural

Omar Monroy
Titular de la Unidad de
Administración y Finanzas

Esther Hernández Torres
Directora General
de Vinculación Cultural

Antonio Martínez
Enlace de Comunicación Social y Vocero

SECRETARÍA DE CULTURA



Adán Augusto López Hernández
Gobernador de Tabasco

Yolanda Osuna Huerta
Secretaria de Cultura

Luis Alberto López Acopa
Subsecretario de Fomento
a la Lectura y Publicaciones

Francisco Magaña
Director de Publicaciones
y Literatura



V

Esquizofrenia y otros relatos paranormales para gente normal, de Ariel Lemarroy, se terminó de imprimir el 10 de diciembre de 2020, en los talleres de Impresionismo de México S. A. de C. V., calle Doña Fidencia # 109, colonia Centro, Villahermosa, Tabasco. Para su composición se utilizaron tipos Cardo, EB Garamond, y Roboto. El tiraje fue de 1000 ejemplares. La edición estuvo al cuidado de la Dirección de Publicaciones y Literatura.